

EL NIDO

Ezequiel Martinez Wagner

©2023, Ezequiel Martinez Wagner

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito del autor.

Legajo de registro en la DNDA N°:
RL-2023-48895849-APN-DNDA#MJ

Introducción

—¿Por qué no querés tener hijos?

Lisandro miraba al frente mientras masticaba aire. Tenía las manos tensas sobre el volante y siempre que hablaban sobre esto comenzaban a transpirarle. Una secada en el pantalón, otra en la camisa y por último el suspiro. Pero Eliana no quería saber nada al respecto.

—Ahora no, por favor.

—¿Y cuándo? —Apretó el cuero del volante haciéndolo rechinar bajo sus dedos —. Vivís laburando, haciendo sobretornos, cubriendo guardias de otros. Cuando llegás, siempre estás cansada. Y ahora que hago el esfuerzo de llevarte al trabajo, me...

—Nadie te pidió que me trajeras. Vos solito te ofreciste. Para algo tenemos dos autos, ¿te acordás?

—¿Todo mal tengo que hacer? —Miró al costado y le clavó unos ojos fulminantes sabiendo que estaba desatendiendo el camino. —¿Hasta haciéndote un favor me equivoco?

Eliana soltó el aire en una mezcla de burla y cansancio. Lisandro negó con la cabeza y apenas

corrigió la dirección del auto para mantenerse en su carril. Antes de que pudiera seguir macerando un odio incandescente dentro, su esposa intentó hacer las paces.

—No es que no quiero tener hijos. Es que no necesito tener hijos. Estoy bien así, ya se me pasaron las ganas. ¿No sentís que ya somos demasiados?

—¿Demasiados? Somos dos, gorda.

—Ya hay mucha gente en este mundo, y es un mundo de mierda además. ¿Qué ganamos teniendo un pibe? ¿Regalarle un planeta en decadencia a una persona que no tenía por qué existir? ¿Priorizar el egoísmo de tener un chiquito con nuestras caras para sentirnos necesitados por otro? ¿Cobramos sus logros como propios y echarle la culpa a la sociedad por sus fracasos?

—Pará, pará, lo estás pensando demasiado, yo no...

—Ah, porque tener un hijo es algo que no tiene que pensarse.

—Eliana, la puta madre —abrió la ventana porque sentía el humo treparle por la espalda—. Cómo te gusta dar vuelta lo que digo, es impresionante.

—No quiero tener un hijo, no sé qué más hay que discutir.

—Yo no quería ir a Irlanda ese verano hace unos años, pero fuimos. Me convenciste y fuimos. Y tenías razón, valió la pena.

—¿En serio estás comparando un viaje con tener un hijo?

—¿Es por la sobrepoblación mundial entonces? ¿En serio quieres que me crea ese cuento? Adoptemos.

Con el rabillo del ojo, Lisandro pudo ver a su esposa hiperventilando. Se ponía nerviosa con demasiada facilidad, y eso a él lo sacaba de sus cabales. Porque al hacerlo perdía todo poder de discusión. Si Eliana se ponía a llorar, él quedaba como el agresivo, el avasallante, el que la ponía en esa circunstancia. Cuando había sido ella la que había cambiado de parecer en el último tiempo.

—¿Qué es esta obsesión por tener alguien a cargo? —Eliana se giró como invitándolo a hacer lo mismo, pero bien sabía que no podía hacerlo. —No todo tiene que ser parir o adoptar. Hay algunos que preferimos algo tan simple como no tener.

—¿Y por qué no me lo dijiste antes?

—¿Antes de qué? —sacudió sus pulseras al gesticular su ofuscamiento con las manos —¿Te estás escuchando?

—Nos casamos. Nos comprometimos a formar una familia. Me obligaste a firmar un prenupcial, pero me prometiste que íbamos a tener hijos. Era lo que los dos queríamos.

—Sabés perfectamente que pasaron cosas en el medio, no te hagas.

Ambos guardaron silencio con sus pechos temblando pavorosos. Apenas si se escuchaba a la mujer de la radio hablando bajito con el motor terminando de enmudecerla. Hacía más ruido el aire acondicionado que el enojo eléctrico sentado entre ellos dos.

En eso, Lisandro sacó una petaca del compartimiento en la puerta y le dio un sorbo largo.

—Si me vas a llevar en auto —le interrumpió el trago —, te agradecería muchísimo que no tomaras.

—¿Preferís quedarte sola entonces? —Le contestó sin escucharla y volvió a empinar la petaca.

—Antes que estar con vos, seguro —y sonrió, pero él no la estaba mirando.

—No me chicaneés. No hablaba de eso —dejó la petaca en su lugar—. Pero el tiempo pasa, y cada vez pasa más rápido. Para cuando nos demos cuenta, alguno va a haberse quedado solo.

—¿Y para eso querés un pibe? ¿Para que alguien te cambie los pañales de viejo?

—No digás pelotudeces, Eliana. Yo quiero...

—¿Qué es lo que querés? Decime.

Lisandro sintió la provocación y recién al girarse se dio cuenta de que su mujer estaba llorando. Se la quedó mirando, consciente de que venía un camión peligrosamente por enfrente, y no titubeó.

—Quiero ser feliz.

Pero todo se volvió negro.

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

Sonó la alarma y me dolió hasta el espíritu. Sentía los abdominales aplastarme el cuerpo como si tuviese piedras encima. No podía mover las piernas y hasta abrir los párpados fue todo un esfuerzo. Gabi se me acercó para darme un beso pero frenó a mitad de camino.

—Vas a llegar tarde.

La escuché levantarse haciendo todo el ruido posible, abriendo cortinas y persianas, pisoteando fuerte, abriendo el ropero con ganas de que se enterase todo el edificio.

—Si yo llego tarde, vos también —me reí abriendo los ojos con lentitud.

—No tengo muchas ganas de ir hoy —sacó algo de ropa y se fue para el baño cerrando con un portazo y prendiendo la ducha sin darme tiempo a preguntarle qué le pasaba.

Me senté y agarré el celular. Mandé un mensaje, lo eliminé y sonreí. La ducha sonaba en el silencio de la casa, algún bocinazo de fondo interrumpió a los pajaritos

que intentaban maquillar esa mañana que se venía negra, y bostecé tanto como me lo permitió mi mandíbula.

Pasé de largo por el baño aguantándome las ganas de hacer pis y prendí la cafetera. A veces me daban ganas de que Gabi no saliera de la ducha. De que se quedara ahí para siempre, ella feliz por su lado y yo feliz por el otro, cada uno en la suya. Sabía perfectamente que la solución a lo que nos pasaba era separarnos, pero había algo más fuerte que nos mantenía unidos. Si era el mandato, si era el narcisismo de cada uno de no admitirse fracasados en el amor, o bien el egoísmo de hacerle pasar al otro un infierno con tal de que nadie se diese cuenta de que no éramos tan buena pareja como todos creían.

Pero por mucho que lo pensásemos internamente, jamás lo habíamos puesto sobre la mesa. Era algo tan lejano como imposible, y estaba bien que así fuera. Al fin y al cabo nos teníamos el uno al otro. Nos conocíamos como nadie y, mal que mal, nos cuidábamos entre nosotros. De forma tal que cuando llegásemos a viejitos discapacitados, o yo estaría para ella o ella estaría para mí. Evitar la soledad fue la única parte del

contrato matrimonial que ambos íbamos a respetar porque los dos salíamos beneficiados. Por momentos tenía mis dudas respecto al refrán que alentaba a vivir solo antes que mal acompañado.

Escuché el agua frenar, un movimiento de la cortina de baño, sus pisadas andando sobre la alfombra, y la puerta se abrió echando una nube de vapor que llenó de niebla la casa.

—Hice café —le grité desde la otra punta, tratando de aligerar un ambiente que, no sabía bien por qué, pero que presentía caldeado.

—Ah, ¿apretaste un botón querés decir?

Levanté las cejas y di un sorbo a mi taza casi que con una sonrisa. No tenía sentido perder el tiempo. Más valía quedarme en silencio hasta que fuese la hora de salir y no volver a provocar a la fiera.

Me terminé el café, hice pis, me duché y empecé a vestirme sin dirigirle la palabra. Gabi sintió la guerra muda que se daba en el medio de la habitación, por lo que no hizo más que resoplar, todavía acostada en la cama con la bata y la toalla en la cabeza.

—¿Qué? —di media vuelta terminando de abotonarme la camisa.

Me miró con llamas en los ojos.

—Volviste tarde de nuevo.

Respiré hondo, cerré los párpados y me volví para terminar de vestirme.

—Mirame cuando te hablo —me lanzó desde atrás, pero me mantuve de espaldas.

—¿Qué querés, Gabriela?

—Mirame cuando te hablo.

Y me giré, con los hombros caídos y la frente arrugada.

—Tuve que cubrir a uno de los chicos de la noche unas horas, ya te dije.

—¿Y a cambio te regaló el perfume que tenés puesto?

Chasqueé la lengua y le clavé una mirada llena de plomo. Me terminé de ajustar el cinturón, me puse los zapatos y me colgué el saco por el hombro.

—¿Venís?

Me miró como sobrándome y me sonrió.

—No. Andá solito. Suerte.

—¿Qué?

—¿Ahora sí me necesitás?

—¿En serio, gorda?

—Sí, Álvaro. En serio. Voy más tarde. Cuando esté con más ganas.

—Tenemos bastantes pacientes, Gab. Vivi siempre llega tarde, Rocío está de licencia de forma indefinida y Nancy anda enseñándole al energúmeno de Gastón. Me dejás solo con Darío y Eli.

Y se hundió de hombros, con una sonrisa que desbordaba venganza.

—Es tu terapia, no sé qué querés que te diga. Hacete cargo.

Suspiré desganado. La miré con toda la decepción con que pude colmar mis ojos y me fui cerrando con un portazo.

En el camino les mandé un mensaje a Darío y Eli por si podían llegar un poco antes. Con Vivi ni me gasté. No había forma de hacerla llegar temprano. Probé con incentivos, con castigos, pero lo tenía como incorporado en su ADN. Nació para despertarse tarde.

Por suerte la mayoría de los pacientes estaban estables, e incluso podía ser que dos pasaran a piso de clínica. Pero así y todo, en una terapia intensiva nunca se sabía. Una arritmia inesperada, una fiebre de golpe, una hipotensión que hiciera saltar las alarmas. Cualquier cosa podía detonar un día que se presumía tranquilo. Y si teníamos la mitad del personal disponible, entonces no hacía falta más que una brisa para que todo se desmadrara.

Darío me contestó a los pocos minutos. Me dijo que él firmó un contrato en el que se le exigía entrar a las ocho de la mañana y no antes. Le pregunté si me podía hacer el favor y él me repreguntó si tenía pensado pagarle las horas extra. Lo puteé en voz alta haciendo resonar los vidrios del auto pero me limité a contestarle que sí, que podíamos hablarlo. Lo pensó dos minutos y su respuesta fue concisa pero certera:

—*Ok. Igual voy a ir a las 8, gracias.*

Eli, por su parte, no me contestó. Había estado activa hacía unos minutos y no sabía si ameritaba como para llamarla. En una de esas estaba manejando, pero me hubiera gustado que me diese algo de pelota. Así que le

pedí a Nancy, la jefa de enfermería, que fuese pidiendo las camas en clínica para derivar a los pacientes que ya estaban en condiciones, cosa de llegar, pasarlos y dejar un poco más vacía la terapia.

Solo que justo cuando estaba por escribirle, me llamó como por telepatía.

—¿Nancy? —Le pregunté apoyando el teléfono en altavoz sobre mi falda mientras hacía malabares para que no se me cayera hacia los pedales. —¿Pasó algo?

—Doc, perdón que lo moleste, pero recién el terapeuta de guardia me pidió que lo llamara para preguntarle si puede llegar un poco antes.

—¿Pasó algo? —repetí, puse cuarta y apreté el acelerador levantando un poco las revoluciones.

—Al parecer hubo un accidente grave acá cerca. Están llegando tres politraumas con riesgo de vida.

—¿Tres? —Sentí la gota de sudor caerme por la frente. —¿Pero tenemos lugar?

—Sí, Gastón ya está moviendo a los estables. Deberíamos estar bien.

—¿Y no los pueden derivar a otro lado? Entiendo que seamos los más cercanos, pero...

—Es que, Doc...

—Sí, perdón Nancy, decime.

—Dos de los accidentados son Eli y su esposo.

Dicen que la que está grave es Eli.

Y colgué para llegar al sanatorio en una fracción de segundo.

Capítulo 2

—Preparame tres camas, secuencia de intubación rápida para todas, decile al neurocirujano que esté listo para que no nos pase como la otra vez y...

—Doc, doc —me agarró Nancy de las solapas del guardapolvo y las alisó para no tentarse de sacudirme —. Somos pocos, pero tenemos que estar tranquilos porque sino...

—Yo estoy tranquilo —me solté y me puse a separar los tubos endotraqueales a un costado —. Pero tenemos que estar listos. Están viniendo tres bombitas y estamos solos vos, yo y el inútil de Gastón.

—Gracias —dijo Gastón preparando las ampollas de adrenalina en la unidad 2, levantando un pulgar con las cejas arqueadas.

—Sabés que te lo digo con amor —cerré fuerte los párpados y puteé para adentro —. Nancy, somos dos gatos locos, no pudieron haber aceptado tres traslados teniendo gente de licencia, gente que llega tarde y teniendo a uno de los nuestros como paciente.

Nancy era mi mano derecha, pero que se hubiese encogido de hombros hizo que casi perdiera los estribos.

—Hace años que le venimos diciendo que ponga gente en el servicio, doc.

—¡Te puse a Gastón!

—¡Pero Gastón no sirve para nada!

—Gracias, chicos. Sigo acá.

—Callate la boca —le dijo Nancy y revoleó los ojos—. Lo quiero mucho, pero sigue siendo un estudiante. Y estamos en una terapia intensiva, doc. Se lo dijimos.

—Ahora ya está, Nancy. Terminá de preparar las unidades, pegale un tubazo a Facu para que venga a ver a su hermana y, por favor, pediles a Darío y a Vivi que no se hagan los pelotudos, que si llegan a venir tarde, los cago personalmente a trompadas.

Nancy asintió y se fue tan rápido como se lo permitieron sus diminutas piernas. Saqué mi celular y llamé a mi esposa por enésima vez en la mañana. Finalmente se dignó a atenderme.

—¿Qué querés ahora?

—Gabi, odíame todo lo que quieras, pero te necesito acá.

—¿Qué pasó?

—Hubo un accidente. Vienen tres politraumas. Uno es Eli.

Escuché su suspiro del otro lado.

—¿Eli es Eli? ¿Nuestra Eli?

—Vení ya, amor.

Y colgué, porque vi llegar al forro de Darío caminando como quien anda por su casa. Le faltaba el diario bajo el brazo y el termo de mate en el otro, pero eran las ocho en punto y no había llegado ni un minuto tarde.

—Buen día, equipo. ¿Alguno vio el partido ayer?
—pregunto sin un dejo de culpa.

—Darío, cambiate ya mismo que están por llegar los politraumas y...

Pero en ese preciso momento, escuchamos las ambulancias entrar por la guardia y se me subió el desayuno a la garganta.

Darío no llegó ni a cambiarse, lo vi ubicarse en una de las unidades y empezar a supervisar que todo

estuviera listo. Yo hice lo mismo con las otras dos mientras daba indicaciones a Nancy, que le gritaba a Gastón, puteando todos por los hijos de puta que habían decidido faltar en un día como ese.

Las puertas de la terapia se abrieron y entraron las tres camillas, una detrás de otra, en una caravana llena de pitidos, alarmas y estertores de las víctimas del accidente. Vi pasar un hombre robusto con el cuello ortopédico puesto y leve dificultad para respirar, y se lo mandé rápido a Darío para que lo acomodara en la primera unidad. Después venía Lisandro, con algunos cortes en la frente y el brazo derecho entablillado, desvariando por completo, y se lo dejé a Nancy para que lo ubicara en la número 3. Por último entró Eli, con su increíble pelo rubio cayendo en cascada por un costado de la camilla, llena de gasas y férulas improvisadas, y un hombre ventilándola de forma manual para mantenerla con vida.

Vi la bolsa ser apretada una y otra vez frente a su boca petrificada, vi su pecho inflarse y desinflarse con cada movimiento, vi su monitor cardíaco con una actividad eléctrica completamente desorganizada, su

saturación bajando y un color grisáceo empezando a apoderarse de su piel. El reloj se detuvo, todas nuestras respiraciones frenaron en seco y solo pudo escucharse su alma abandonando ese cuerpo deteriorado que alguna vez supo ser prístino.

—¿Doctor, me escucha? —el hombre poco más y me zarandó para que saliera de mi ensimismamiento.

—Sí, perdone. Cuénteme.

—Vengo con tres pacientes que levantamos de un accidente de tránsito acá a quince cuadras. Roberto Montes, de 58 años, camionero, está estable pero no por mucho tiempo. Hipoventila en el pulmón derecho, si no se pinchó, pega en el palo.

Me hablaba claro y sin titubeos, solo que algo me imposibilitaba entenderle bien. Era como si manejase otro idioma, como si yo estuviese bajo el efecto de algún alucinógeno capaz de alterar la realidad de forma tal que el hombre me hablaba con una lentitud exasperante, como masticando engrudo, con palabras pegajosas que le dificultaban abrir la boca de lo empastada que tenía la lengua.

De pronto, sentí la presencia de Darío acercarse por detrás para supervisar que no se me pasara nada. O más bien, para que no hiciera lo que sabía que haría.

—Lisandro Arlekian —siguió el médico del traslado —, 42 años, la alcoholemia le dio positiva, no parece con lesiones graves, pero tiene una desorientación temporoespacial importante.

—¿Glasgow? —intervino Darío porque se dio cuenta de que me importaban tres belines Montes y Lisandro.

—Apenas alterado, pero no sea que nos comamos un hematoma subdural. Yo le haría la tomo y lo haría ver por el neurocirujano.

—No te pregunté qué le harías —lo miró con desagrado pero interrumpí su maltrato con mi ansiedad por saber el pronóstico de nuestra compañera.

—¿Y Eliana?

El hombre se cruzó de brazos, suspiró y miró al suelo.

—A Eliana no se le abrió el airbag. Si me preguntan —empezó a levantar la cabeza —, yo no perdería mucho tiempo con ella.

—¿Decís que está para pasarla a piso de clínica?
—Le pregunté con la esperanza idiota de quien decidió omitir por completo que ella era la única siendo ventilada manualmente hasta que alguien se dignase a intubarla.

El tipo me miró ladeando ligeramente su cabeza.

—No quiero decirles qué es lo que tienen que hacer —dijo anticipándose a Darío —, pero yo me concentraría con los otros dos para que no se desestabilicen.

Nos pasó la planilla para que firmemos la derivación y mi brazo se levantó a fin de hacerlo sin comprender del todo para qué. Firmé, el hombre me dio un apretón de manos y se retiró con su equipo.

—Álvaro —me zarandeó Darío, pero yo estaba viendo cómo Gastón se ocupaba de Eli a la espera de que alguien le diese una indicación —. Escuchame bien. El tipo tiene razón, descartemos que Lisandro no tenga nada en la cabeza y saquémonos de encima al camionero, que estamos sin cirujano y si tiene un hemotórax, más vale ya haberlo derivado.

Asentí una vez, dos veces, y de pronto no dejé de hacerlo. Darío negó con la cabeza, le hizo una seña a Nancy y se la llevó para acomodar a los otros dos. Mis pies se empezaron a mover hacia Gastón, que me miraba con sus enormes cejas levantadas y las manos temblando, apretando la bolsa de plástico para llenar de oxígeno los pulmones de Eli que no lo estaban pudiendo hacer por su cuenta. Su mano se tensaba sobre la bolsa y el pecho de Eli se hinchaba. Cuando dejaba de hacer presión, la bolsa volvía a adquirir su estructura y el aire la abandonaba.

Me acerqué, la tomé de la mano, fría, pálida, pero igual de suave que siempre, y le corrí un mechón de pelo hacia el costado.

—Doctor —dijo Gastón de pronto y me hizo sobresaltar —, ¿la intubamos?

Lo miré pero no le contesté de inmediato. Volví a clavar los ojos en Eli y vi que sus párpados estaban ligeramente entreabiertos. Llegué a pensar que podía ser que estuviese despierta, que quería decirme algo, hasta que vi sus pupilas. Estaban asimétricas. Y Gastón lo notó. Estuvo a punto de soltar la bolsa, cuando mi

corazón empezó a galopar dentro de mi pecho, el sudor me empapó la frente y pude pensar por primera vez con claridad.

—Laringo, tubo, conexión, prepará la adrena, una expansión...

—Yo, doctor, yo —tartamudeó y se puso a buscar a Nancy a lo lejos —, yo...

—¡Dale, pendejo! ¡Dale que se nos vá!

Pero Gastón me pasó el tubo equivocado, la lamparita del laringoscopio no funcionaba, la rama era la incorrecta, la cama no se bajaba del todo, y estuve a nada de infartarme ahí mismo. Por suerte la pude intubar y Eli se adaptó rápido, respondiendo bien a la medicación encargada de mantener su corazón latiendo y su presión en valores compatibles con la vida.

Cuando terminamos, sentí que si metía las manos en un balde lleno de agua, la hubiese evaporado entera. Temblaba de pies a cabeza y el ambo se me pegaba en la espalda de lo mucho que había transpirado. Palmeé a Gastón en el hombro y le dije que fuese a ayudar a Nancy, que yo me encargaba del resto.

Cuando se fue, me acerqué e hice todo el silencio que pude. Solo podía oírse su respirador llenando y vaciando sus pulmones, los pitidos de su monitor, mi desesperación por que volviera a abrir sus ojos. La tomé de la mano una vez más. Me arrodillé y no pude evitar derramar unas lágrimas.

Pero en eso, alguien abrió la puerta de la unidad a mis espaldas. Me giré y traté de secarme el llanto lo más rápido que pude. Era Gabi.

Capítulo 3

Gabi cerró la puerta mientras me ponía de pie, miró los monitores y se acercó a Eli. Le tomó los pulsos, le miró las mismas pupilas que le había visto hacía un rato, y suspiró.

—Me dijo Darío que se te volaron los patitos y te pusiste a atender a Eli en vez de a los otros —murmuró cambiándole los parámetros al respirador—. No sé por qué no me sorprende.

—No digas pavadas, gorda. Hubiera hecho lo mismo por cualquiera de ustedes.

—¿Lo mismo? —Se llevó las manos a la cintura y se quedó mirando a nuestra compañera—. Querete un poco, Álvaro. Si vos me llegas a revivir estando muerta, si me dejás hecha un vegetal, comiendo por una sonda, atada a una cama y enclaustrada en un cuerpo raquítico, avisame antes así me voy yendo bien a la mierda.

—Calmate un poco, ¿querés?

—No me calmo nada porque a vos no se te muere nadie, Costa. Y ese ego que venís alimentando hace años, a veces te hace tomar las decisiones equivocadas.

Me reí. Gabi venía con los tapones de punta hacía ya unas semanas, pero nunca como ese día. Me celaba de forma exagerada, se perseguía, me hostigaba con acusaciones a cada rato para ver si con alguna pisaba el palito y me delataba. Vivir a su lado ese último tiempo fue un suplicio, y estaba perdiendo la paciencia.

A veces me preguntaba por qué Gabi luchaba tanto por una relación completamente desgastada. Si ganaba algo teniendo razón. Si se hubiera sentido satisfecha con encontrarme engañándola o con convencerse de una vez por todas de que ella era mi única mujer en el mundo.

—Nunca me imaginé que intentar salvarle la vida a una colega podía llegar a ser por mi ego. Gracias, amor.

—“Colega”, por favor —bufó—. Le estás cagando la vida.

—Es nuestra amiga.

—¡Y con más razón! Dejémosla irse en paz, evitemos que Lisandro se nos venga al humo por clavarlo con una planta, intentemos que sufra lo menos posible.

Me rasqué la cabeza, negué y empecé a caminar desde el respirador hasta la puerta, ida y vuelta, una y otra vez.

—No, gorda. Todavía tiene posibilidades, no somos quiénes como para...

—¿Posibilidades?! —fue hasta la cabecera de la cama y le abrió los párpados de par en par —¿Estás viendo lo mismo que yo?

Las pupilas asimétricas solían indicar una afección neurológica grave. Y muchas veces, podían ser indicio de muerte cerebral.

—¿Es distinto! —le saqué las manos de un sacudón —Es Eli, amor. No podemos...

—¿A cuántos? Álvaro, ¿a cuántos les bajamos el pulgar por mucho menos que esto?

Y sentí un escalofrío en la espalda.

—No es lo mismo.

—¿No? ¿Por qué no es lo mismo?

—Porque ella es de las nuestras. Porque si no hacemos todo lo que está a nuestro alcance para salvarla, le fallamos. A ella y a Lisandro —hice una pausa y me agarré de la baranda de la cama —. ¿Cómo te sentirías si

te enteraras de que tu equipo médico, lleno de amigos y colegas, bajó los brazos con vos sin siquiera intentarlo?

Gabi me miró decepcionada, después a Eli y por último a sus monitores, para luego cerrar los párpados, vencida. Se sacó las manos de la cintura y caminó hasta la puerta.

—Los pacientes no necesitan amigos —
suspiró—. Necesitan médicos.

Gabi salió de la unidad cerrando la puerta a sus espaldas, pero en cuanto lo hizo, Eli entró en paro cardíaco.

Capítulo 4

El pitido incesante me inundó los oídos y la adrenalina me invadió el cuerpo como una electricidad ignífuga, incinerándome todos los circuitos y haciéndome echar llamas por los dedos.

Mi mano derecha fue hacia el interruptor que bajaba y horizontalizaba la cama, mientras que la izquierda fue directo al inmenso botón rojo en la pared. La alarma sonó de inmediato en la central de enfermería y en los pasillos de la terapia, y fue cuestión de segundos para que escuchase las corridas de todos viniendo a la unidad de Eli.

Pero yo no demoré un segundo. En cuanto la cama estuvo completamente horizontal, me subí de un salto y me puse a masajearle el pecho como un poseso. Uno, dos, tres, cuatro, y el color de su rostro cada vez era más pálido. Cinco, seis, siete, y sus labios pasaron del azul al gris marmóreo. Ocho, nueve, diez, once y sentí el chasquido de una costilla quebrándose bajo la presión de mis palmas.

Sin que me diera cuenta, entraron Gabi, Darío, Gastón y Nancy en tropel, y se quedaron paralizados en la entrada.

—Gabi, prepará el desfibrilador —dije cuando sentí sus presencias —. Nancy, vos sacale sangre y que Gastón se encargue de las drogas. Adrenalina primero, y que vaya teniendo listo el bicarbonato. Darío, tomá el tiempo. ¿Dónde está Vivi? ¿Para qué mierda tenemos kinesiólogos si no vienen durante los paros?

Y no les di tiempo a responder, porque así como terminé de hablar, me concentré en la cantidad de compresiones que hacía por segundo. No obstante, Darío ni se gastó en prender el cronómetro.

—Álvaro —dijo enfurecido y le tembló la voz —. Es nuestra compañera. Es Eli —pero yo seguía enfrascado con las compresiones —. Estás masajando una lechuga, ¿no te das cuenta?

—¿Dónde está Vivi?! —lo ignoré por completo.

—Llegando, doc —dijo Nancy mientras terminaba de sacarle sangre y diciéndole a Gastón dónde estaba el bicarbonato —. Me escribió hace un ratito que ya está estacionando.

—¿¡Justo hoy tiene que llegar tarde?!

Pero nadie osó contestarme. En eso, Gabi terminó de enlistar el desfibrilador y se dispuso a ayudar a Gastón con el bicarbonato porque el discapacitado mental no tenía ni la menor idea de dónde estaba parado.

Al cabo de unos buenos minutos le pedí el cambio a Darío porque ya no me daban más los brazos. Mientras se subía a la camilla murmuró algo que no le llegué a entender, pero no tenía tiempo para él y sus quejas. Lo vi subirse con un cansancio exagerado y empezar a hacer las compresiones a destiempo.

—Más fuerte, Darío, ¿sos pelotudo? —y empecé a aplaudir para marcarle el ritmo —. Un, dos, tres, cua...

—Sé contar, gracias.

—Concentrate entonces.

—¿Que me concentre? —Se rio con lágrimas en los ojos, todavía masajeando —. La muerte digna es fácil, pero la estamos complicando muchísimo.

—¿Cómo vino el laboratorio? —Lo interrumpí mirando atentamente el reloj. — ¿Gabi?

—Se le disparó el sodio —dijo estirando el papelito que le acababa de imprimir la máquina tras

analizar la sangre de Eli —. Si querés se lo repetimos, pero...

—No tiene sentido —le saqué el papel de las manos, olvidándome del reloj por completo —. No tiene un puto sentido.

—Con más razón, Álvaro —dijo Darío desde la camilla, masajeando con menos ganas que con las que había venido a trabajar —. Debe tener el cerebro hecho una pasa de uva, concentrémonos en Lisandro y el camionero, estamos perdiendo el...

Pero dejé de escucharlo. Fui hasta los sueros que Eli tenía colgados y los revisé uno por uno. Me acerqué al más vacío y lo miré atentamente.

—Gastón, decime que no le pasaste el bicarbonato...

Su boca entreabierta, los ojos protruyendo de la cara y el pánico articulándose en sus cuerdas vocales me dieron la respuesta.

—Yo, doc, es que, Gabi, y después Nancy, yo...

—¿Dejo de comprimir? —preguntó Darío aprovechando la confusión pero haciéndome saltar la térmica.

—Te dije que lo prepares —levanté la voz —.
¿En qué momento te indiqué que se lo pasaras?!

—Perdone, doc —intervino Nancy llevándose las
manos a la cabeza —. Es mi responsabilidad, yo tenía
que supervisar al nene, no se la agarre con...

—Váyanse todos.

Y el silencio inundó la unidad por encima de los
pitidos y alarmas de todos los aparatos que tenía
conectados.

—Amor —quiso intentar Gabi.

—¡Todos!

Y de la nada, las alarmas cesaron. Nos giramos
hacia los monitores y vimos los latidos de Eli volver a
aparecer en el electrocardiograma.

—Misión cumplida, jefe —suspiró Darío
bajándose de la cama y palméandome en el hombro —.
¿Le dejamos un goteo de adrenalina o preferís que ya
empecemos a regarla?

Cerré los ojos y respiré hondo. Pero al abrirlos y
volver a ver su cara de imbécil, no pude contenerme.
Hice un yunque con el puño, se me tensionó el brazo y le
partí la cara de una trompada. Darío cayó de espaldas al

suelo, y desde entonces nunca se volvió a meter conmigo.

Capítulo 5

Todos salieron sin hacer comentario alguno. Nancy se puso a curarle la boca a Darío, pero él se la sacó de encima con un manotazo suave. Gabi me miró tras la ventana con recelo, y fue a chequear que Lisandro estuviese compensado.

Me giré hacia Eli, le acomodé el camisolín y me puse a retirarle el bicarbonato que Gastón le había suministrado sin consultar previamente. Le acomodé el respirador, cambié un par de goteos de su medicación y respiré por fin. El aire estaba viciado ahí dentro, había una mezcla entre el sudor de quienes le masajeamos el pecho y la sangre en mis nudillos, apenas enturbiado por el aroma de los fármacos y de la agonía inminente.

Vi que sus vitales estuvieran estabilizados y salí por primera vez de la unidad desde que habían llegado. La terapia era como un gran cuadrado con todas las unidades dispuestas de forma circular alrededor del gran mesón de enfermería, donde habían algunas computadoras y los monitores que mostraban los vitales de todos los pacientes. Un pasillo era para el ingreso de

los pacientes, otro daba al estar médico, otro al de los kinesiólogos, y el último al de los enfermeros.

Traté de confirmar que lo que para mí era la calma en el medio de la tormenta, fuese realmente un momento de estabilidad y no un simple espejismo. Vi a Gastón dándole una mano a Darío con el camionero que parecía un poco alterado, a la vez que Gabi le pasaba una medicación a Lisandro a lo lejos. Nancy, por su parte, me vio asomarme y se escondió en su estar para que no me la agarrase con ella.

Me sonreí y largué el aire contenido. No la iba a delatar con nadie. Éramos un equipo. Gastón estaba bajo su mando, pero así y todo, que las cosas salieran bien, era responsabilidad de todos. No era el terapeuta quien salvaba a los pacientes, sino el equipo de la terapia. Los médicos, los kinesiólogos, los enfermeros, los psicólogos y todo quien pusiera un pie ahí dentro.

Pero la entendía. Acribillar al que se equivocaba era gratis. Te protegía del error, te ponía en un escalón por encima del otro, te volvía intocable. Y llevaba tiempo darse cuenta que asignar los errores al individuo, y no al equipo, traía más problemas que soluciones.

Porque el que se equivocó dejaba de aprender de su error para intentar esconderlo. Mentía, dibujaba lo sucedido, le echaba la culpa a otros, tenía miedo de volverse a equivocar en todas y cada una de las decisiones.

Y Nancy sabía perfectamente que yo no era quién cómo para culparla de nada. Mil veces me había equivocado y ella estuvo siempre ahí para corregirme. Esta no iba a ser la excepción.

Pero cuando me acerqué como para pedirle disculpas por mi exabrupto, me la encontré hablando por teléfono. Estaba pidiendo la derivación del camionero sin que le hubiera dicho nada. Podía equivocarse todas las veces que quisiera, ella seguiría siendo la mejor enfermera con la que trabajé en mi vida.

Me le paré enfrente, la tomé de la mano y le di un suave apretón para que me perdonase. Nancy sonrió y me guiñó un ojo.

Salí de su estar con el cuerpo extenuado, como si acabase de correr una maratón. Los dolores musculares de la mañana no eran nada en comparación a como tenía el cuerpo en ese momento. La adrenalina me estaba bajando, el sudor ya se me había enfriado y empezaba a

pensar con un poco más de calma. Pero en eso, me topé con Vivi que acababa de llegar..

—Perdoname, Alvi, te juro que no va a volver a pasar. Se me cortó la luz y se me descargó el celular, entonces no sonó la...

Pero la dejé hablando sola. Los kinesiólogos eran fundamentales en la terapia no solo por la rehabilitación neuromuscular de la mayoría de los pacientes, sino por su gran habilidad para manejar las vías respiratorias. Eran expertos con el uso del respirador y su ausencia se sentía. Más que nada durante un paro cardiorrespiratorio. Así y todo, no tenía sentido perder tiempo con ella. No iba a ser ni la primera ni la última vez que llegaría tarde, por lo que me puse a hacer la recorrida para conocer a los nuevos pacientes sin gastarme en aceptar sus disculpas.

Dejé atrás a Vivi y al estar de enfermería para pasarme frente a las unidades del camionero y de Lisandro. Gabi, por su parte, seguía controlando al marido de Eli y supe que si no la confrontaba ahí mismo, en casa iba a ser muchísimo peor.

—¿Cómo está? —le pregunté entrando a la habitación, apoyado contra el marco de la puerta.

Gabi me miró enojada y se hundió de hombros.

—Estable —suspiró y apretó un botón en el monitor para que le empezase a tomar la presión —. Tuve que sedarlo un poco, no paraba de preguntar por Eli.

—¿Se puso violento? —tragué saliva y cerré la puerta a mis espaldas.

—No tanto. Amnesia anterógrada más que nada. Le expliqué como quinientas veces que está grave y que estábamos haciendo todo lo posible por ella. Pero así como le contestaba, se olvidaba.

Asentí y lo miré. Lisandro era corpulento, con los brazos llenos de tatuajes y un enorme reloj en la muñeca que milagrosamente no había sido robado durante el accidente. Tenía su pelo rojo sangre completamente empapado, y su prominente barba anaranjada había perdido la prolijidad que la caracterizaba. Respiraba con la calma de los sedantes, pero su expresión era de angustia.

—¿Se enteró de algo de lo del sodio?

Gabi lo miró, le abrió los párpados y al ver que no se inmutaba, procedió a contestarme.

—No sabe nada.

—Nancy se estaba castigando allá atrás. Después, si podés...

—Yo la calmo. Vos encargate de Gastón. No podemos tener un pibe así en la terapia, amor. Cómo va a confundirse así con el bicarbonato, yo te juro que...

—Ya está. Pero él —dije señalando a Lisandro— no se puede enterar de nada. Prometeme que esto muere acá.

Gabi frunció el ceño y se me quedó mirando. No me había percatado, pero me temblaban las manos.

—No le iba a decir nada —se rascó la cabeza—. ¿Pasa algo?

Miré a Lisandro y escuché su respiración hosca y profunda hacer vibrar los vidrios. Había sido una mañana imposible, un día en el que todo lo que podía salir mal, lo estaba haciendo. Pero si el marido de Eli se enteraba de que nos habíamos equivocado con la medicación de su esposa, entonces esa mañana iba a ser el menor de nuestros problemas.

—Es Lisandro, gorda. Sabés lo que pasa.

Gabi se me acercó y me puso una mano en el hombro mientras con la otra me acarició la cabeza.

—Tranquilo. No sabe nada. Nadie abrió la...

—Es que vos no sabés todo de él. No tenés ni idea —y me solté de sus brazos para ir hasta la ventana y quedarme observando el patio del hospital a fin de escapar un poco de su presencia —. Es un tipo pesado, gorda. No queremos tener problemas con él, no sé si me explico.

Gabi se rio y trató de desmerecer mis miedos. Sé que lo hizo para tranquilizarme, pero ella no sabía las cosas que me había contado Eli. Las cosas que él mismo me dejó entrever en las reuniones en su casa.

—¿Tanto balurdo porque trabaja en una financiera?

—Está forrado en guita —traté de bajar la voz—. No todos los que trabajan en una financiera son multimillonarios.

—Parte de esa plata es de Eli —reflexionó Gabi en voz alta —. ¿No era que ligó una señora herencia?

—No, amor. No entendés —y la miré con los ojos embebidos en lágrimas—. No estoy así porque tiene plata. El tema es cómo consiguió esa plata.

—Estás esforzándote por explicarte como el culo.

—¿Te acordás cuando nos ofreció el préstamo para que compremos la casa?

Gabi se apoyó contra uno de los ventanales y se cruzó de brazos.

—No se lo aceptamos.

—No se lo aceptamos. Eso te dije. Y te lo simplifiqué porque era el esposo de tu amiga y no te quería meter en quilombos. Pero estuve a nada de aceptárselo. Hasta que me dijo en chiste cómo hacía para que sus clientes le terminasen de pagar las deudas...

Me miró, desanudó sus brazos y se me acercó unos metros.

—¿Qué te dijo? —susurró ella también para no despertarlo.

—No me dijo nada —y el recuerdo me empapó los huesos con un frío asfixiante—. Solo hizo esto.

Estiré mi mano hacia Gabi, levanté el pulgar y extendí los dedos índice y medio en forma de pistola.

Apreté el gatillo y le guiñé el ojo, exactamente como lo había hecho él un par de años antes.

—Te estaba gastando —me corrió Gabi la mano y se relajó—. Es jodón, lo conocemos.

—No es jodón una mierda, Gabriela —la agarré de los hombros—. Escuchame bien. Si Lisandro se entera de lo que pasó con Eli, no quiero estar acá. Te juro que no quiero. Renuncio, me voy a otro país. No sé, pero me rehúso.

Gabi se zafó y enmudeció un insulto porque mis ojos llenos de pavor le dieron algo de lástima.

—De eso no se va a enterar, tenés mi palabra —le agradecí con la mirada, pero el verla tomar aire para continuar hizo que se me cortara la respiración—. Pero sí se va a enterar de que la dejaste hecha un vegetal, Alvi.

Sentí los latidos de mi corazón amontonarse de forma solapada para, en una especie de hipo, frenar de golpe y reanudar la marcha. Caminé de un lado al otro, me secaba las manos en el pantalón, me rascaba la cabeza, abría y cerraba la boca.

—Yo no la dejé así, gordi, no me digas eso. Yo no la dejé así.

—Media hora la reanimaste. Le cumpliste la peor pesadilla de cualquier terapeuta. Y ahora le estás encajando hacerse cargo de semejante...

—Gabi — me puse de rodillas y la agarré del ambo en una súplica patética —. Amor, por favor, ayudame. Ayudame a contarle, por favor, ustedes se llevan bien. Tenés que ayudarme.

Gabi abrió la boca, pero la voz que se escuchó, provino grave y cavernosa desde la punta de la cama.

—No hace falta —carraspeó Lisandro incorporándose y haciéndome parar de un salto —. Escuché todo.